

RESEÑA

JOSÉ AGUSTÍN DE LA PUENTE CANDAMO, *Memoria de Orbea. Infancia y juventud desde una hacienda limeña (1922-1947)*, José de la Puente Brunke, Lorenzo de la Puente Brunke y Manuel de la Puente Brunke, editores, Lima, Orbea ediciones, 2022, 210 págs.

Las memorias de intelectuales y hombres destacados en el mundo de la cultura despiertan casi siempre un especial interés, no solo porque entrañan un pormenorizado recorrido por pasajes de vidas que se dan a conocer, sino también porque nos describen a sociedades y tejidos sociales específicos, que permiten la comprensión de un momento determinado. En América Latina hay diversas memorias de este tipo, y en el Perú también –por ejemplo, la del intelectual indigenista Luis E. Valcárcel o la del novelista Mario Vargas Llosa–. Sin embargo, la que en este texto se presenta es una sobre la infancia y juventud, tipo de memoria que en el Perú suele ser poco usual –apenas algunas, como las del diplomático y ensayista Víctor Andrés Belaúnde o la del historiador Jorge Basadre, resaltan en este subgénero–. Pero, además, se vincula a la descripción de un mundo poco conocido para muchos.

José Agustín de la Puente Candamo (1922-2020) fue un historiador peruano que nació y creció en el valle del Rímac, donde está hoy extendida la ciudad de Lima, en la casa rural familiar de Orbea, dentro de la hacienda del mismo nombre y de propiedad de su familia. Estudió y luego enseñó casi toda su vida, hasta los 93 años, en la Pontificia Universidad Católica del Perú, publicando diversos libros memorables sobre la independencia del Perú, como *San Martín y el Perú* (1948), o *Notas sobre la causa de la independencia del Perú* (1964); una sesuda biografía del almirante Miguel Grau (2003), héroe naval del país; y en sus últimos años, con su hijo José, dio a conocer el archivo de su abuelo y presidente de la República, Manuel Candamo, en los libros *El Perú desde la intimidad* (2008) y *El Estado en la sombra* (2016). Fue durante muchos años presidente de la Academia Nacional de la Historia y de otras múltiples organizaciones e iniciativas sociales.

En la memoria, que sus hijos han editado, se presenta tanto la entrevista que su hijo Lorenzo le hizo en torno a su vida en la casa de Orbea y los recuerdos de sus primeros años; así como algunos artículos de difusión que escribió en torno a la zona de la Magdalena Vieja, donde está ubicada Orbea; pero por sobre todo está basada en la entrevista que la Universidad Católica le hizo y que quedó inconclusa y ceñida a su infancia y juventud. Los editores han sido cuidadosos en organizar los diversos textos de modo que la narración en conjunto no se torne repetitiva o redundante y se presente de manera coherente.

La memoria, como se ya se dijo, abarca su infancia y juventud. Comienza en 1922, con su nacimiento y termina hacia 1946, cuando concluye sus estudios universitarios

y viaja a Europa. A su regreso empezará su vida académica e intelectual. Está dividida en tres partes: en la primera se presenta la vida en la casa donde viviría toda su vida, la familia –se muestra a sus padres, su hermana Teresa y su abuela–. También el personal que trabajaba en la residencia y la hacienda, así como los amigos de sus padres que la frecuentaban. De igual modo se habla sobre la vida del pueblo de la Magdalena Vieja, contiguo a la casa. En la segunda parte, aunque su vida en la casa y la Magdalena están todavía presentes, se rememora en torno a la ciudad de Lima, a la cual debe ir casi todos los días, primero para asistir al colegio, y luego a la universidad. Nos describe la vida de la ciudad, sobre todo en los años de 1930 y de 1940, difíciles para el Perú y el mundo, por la crisis económica y luego la guerra mundial. Menciona cómo le impresionaron diversos sucesos mundiales y locales en el marco de la vida política y social, y por último narra la vida social, describiendo las condiciones de la salud, la alimentación, o los viajes y esparcimientos de entonces. La última parte está dedicada a su vida escolar y universitaria, de manera más detenida, pasando por estas páginas amigos de su edad, profesores diversos, las discusiones y tomas de posiciones, hasta su viaje a Europa que de alguna manera cierra su época juvenil y abre su etapa adulta, pues como ya se dijo, regresa para dedicarse a la docencia y la producción intelectual.

El texto está antecedido de una nota introductoria de su hijo, el historiador José de la Puente Brunke, y al final, a modo de cierre y para mayor ubicación del lector, hay una semblanza bibliográfica a cargo de su hijo Manuel, acompañado luego de un texto de su hijo Lorenzo, sobre *El Eco de Orbea*, un periódico casero que de niños José Agustín y su hermana Teresa solían imprimir y distribuir. El libro va acompañado de una cantidad notable de fotografías, mayormente del archivo familiar, que no solo dan rostro y muestran detalles de lo que José Agustín va mencionando y narrando de sus recuerdos, sino que es en sí una historia paralela, pues bien sabemos que las imágenes muestran un mundo a veces propio y distinto del plano escrito u oral, narrando la vida en la casa de Orbea, los patios, jardines, salones, al personal de trabajo; así como la hacienda, a José Agustín y Teresa jugando entre aves, ganado y jardines. También nos muestra el mundo adulto de los padres, familiares y amigos, que para ellos no era infranqueable; así como, luego, la vida escolar y universidad de José Agustín.

Quiero destacar de esta obra tres aspectos que, a mi modo de ver, la hacen especial. En primer término, al describir la vida en su casa, hacienda y pueblo de la Magdalena Vieja, muestra un mundo poco conocido, de una existencia rural, tan cercana a la ciudad de Lima, que luego de 1950 simplemente desaparecería como remanso de tranquilidad por la acelerada expansión demográfica y urbana. Como ya se dijo, a través de su narrativa y fotos, la vida rural se enfatiza, pero también se muestra la vida familiar, con sus padres, su hermana y él. De alguna manera la muerte de su hermana Teresa, en 1939, quiebra ese mundo infantil y adolescente, y se abre otra etapa. En segundo lugar, es destacable cómo en las páginas que escribe José Agustín se manifiestan las raíces de esa especial sensibilidad que, los que con él llevamos sus clases muchas décadas después, notamos. Habitar en la casa, hacienda y pueblo, en el medio rural, jugar con su her-

mana –no se menciona a otros niños en esas aventuras– y relacionarse de manera muy cercana con los adultos, le labró no solo una capacidad para la observación aguda sino también para la sensibilidad entonces y luego, que en esas mismas páginas le permiten apreciar la ciudad de Lima o la vida estudiantil con aproximaciones diferentes. En sus frases no solo se revela una descripción fina de personas y sucesos, sino que también su especial cariño a sus familiares y al personal que los acompañó –en algunos casos por décadas– en la casa y hacienda. Recuerda a la perfección nombres y evidencia su cariño por algunos de ellos –por Mamata o Zoila, por ejemplo–. Asimismo, cuando se refiere a la sociedad que aprecia, destaca las carencias y limitaciones de esa época, entre los años de 1920 y de 1940. Varias veces menciona la pobreza existente y condena el paternalismo de algunos, en un período de ausencia de una efectiva protección social para los trabajadores (pp. 97, 118 y 149).

En tercer lugar, la memoria indica cómo se fueron tejiendo diversas influencias y sucesos que lo marcarían en su formación intelectual y sus ideas. Su abuelo José Agustín de la Puente Cortés, historiador y de quien heredó su biblioteca, es destacable; como las lecturas y la formación en casa, bajo vigilancia de su madre, y luego en Lima en el colegio de la Recoleta. Pero también en la Universidad Católica, con diversos compañeros de estudios, profesores y otros intelectuales a los que frecuentó –Raúl Ferrero, Luis Lituma, Guillermo Lohmann, Pedro Manuel Benvenuto, Javier Pulgar Vidal, José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaúnde–; así como sucesos que tuvieron un fuerte impacto en él: las controversias entre intelectuales indigenistas e hispanistas en torno a la identidad del Perú; la Guerra Civil Española; la Segunda Guerra Mundial. Todo ello definirá los planteamientos sobre la historia y el Perú que, a fines de la década de 1940, empezará a mostrar.

En suma, estamos ante una memoria destacada de un intelectual peruano del siglo XX, que más que un repaso sobre la política y las ideas es una narrativa sobre la infancia, la sencilla vida rural, los familiares y amigos, y los sucesos, que permiten entender mejor una personalidad y un tiempo previo a la Lima y el Perú de hoy. Sin duda es un aporte destacable para la historia y la historiografía peruana, y por extensión para la latinoamericana.

FERNANDO ARMAS ASÍN

Departamento Académico de Humanidades
Universidad del Pacífico, Lima